

Mariano Picón-Salas

FANTASMAS DE LA GUERRA CRIOLLA

La guerra tropical a diferencia de otras guerras que la literatura viste de detonante púrpura emerge de mi recuerdo con un rostro lívido, amarillento como el paludismo y el kaki sucio que cubría a los soldados. Y la gente sentía venir la guerra como oliendo la atmósfera. Mi abuela que había visto ya la guerra federal, la revolución azul, la del continuismo y otras guerrecillas locales que ni alcanzaron a tener nombre, siempre la estaba pronosticando y la relacionaba con sucesos cósmicos como la aparición de los cometas, un año de malas cosechas o esos veranos largos achubascados de lentos nubarrones que de tiempo en tiempo dan al clima de Cumbres inusitada destemplanza. Pero extensa es Venezuela y la guerra puede irrumpir en Oriente o en Occidente, en la Cordillera o en el Llano. La causa de estas guerras es tan imprecisa, que Estanislao Zamora la hizo porque sufrió cuando joven del vejamen de un jefe godó y la venganza de Zamora se acubiló muchos años como jaguar que espera; la pasión contra el godó tornóse en pasión contra los godos, y por obra de los insultos que Zamora recibió el año 46 tuvimos esa guerra de los cinco años, que hizo de las ciudades de la sabana yerros rastrojos. Los propios prisioneros cavaban su sepultura. Guerra sin cuartel como esos poblachones llaneros donde la naturaleza sufre también de malaria; las casas son de un barro leproso, en la abandonada plaza que invadió la maleza rastrean unos animales, rencos caballos o flacos burros llenos de úlceras. Todos hablan del tiempo que fué, de la agricultura desaparecida, de cuando azuló el añil en los grandes tanques de mampostería de las haciendas. El tiempo pone sobre estos poblachones sus lacerantes mediodías, su cenital luz sin tregua y sus noches sobresaltadas de fuegos fatuos, de presagios, de apariciones. Os

hablan de Estanislao Zamora, de José de Jesús González, alias El Agachao, de Matías Salazar. Explican estas guerras.

Todavía a Matías Salazar le sigue por esos llanos, oscura y sofocante como un hechizo, su insatisfecha justicia de neurasténico. Matías Salazar no puede conocer el reposo; una inquietud que parece lastimarlo como verano sin lluvias, espolea su caballo, distiende al viento de la sabana su chamarreta, dobla el ala de su sombrero jipijapa y hace que los tremendos ojos negros donde se consume en combustión su energía nerviosa, se fijen en una perspectiva inalcanzable. Ese hombre pequeño y magro fué más que los altos y rubicundos caudillos de las cordilleras, el más temido para el General Guzmán Blanco. En él se da la fuga y el renunciamiento. En tierra menos eléctrica, menos nómada y propicia a la contemplación, Matías Salazar fuera ermitaño. En Venezuela le aulla un demonio de guerra, sacrificio y errancia. Un día se le ve abandonar la gran casa que tiene en Valencia, el gobierno rico del Estado, para ir a buscar la guerrilla de los matorrales. Habla a los hombres harapientos que le siguen con pasión de iluminado. ¿Pero que quiere el General Salazar? preguntan en los pueblos. ¿Qué pretende Matías? inquiere su inmediato Jefe el General Guzmán Blanco. ¿O es que cree que con cincuenta hombres palúdicos me va a quitar el mando?—Matías Salazar no quiere nada; cuando está cómodo le hacen falta las privaciones, cuando vive en la ciudad añora la estepa. Una voluntad de tragedia le aprieta en sus nudosos bejucos. Y este pobre Matías es cazado como un animal, como una bestia demoníaca y agobiada de tristeza por las tropas de Guzmán Blanco. Quienes lo apresan son sus compañeros de armas: Pulido, Pulgar, Colina.—¿Pero Matías; qué te ocurrió Matías? Matías nada puede explicar. Cuando era niño Matías en la nativa sabana lanzábase a colear los toros más bravos; atravesó los ríos de la llanura erizados de rayas e hirvientes de caimanes, la vida no tuvo para él el halago de otros caudillos: mujeres, fiestas, burbujeantes bebidas. Guzmán Blanco nos quiere comprar con sus fiestas; y Matías Salazar, el sombrero, se evadió de ellas. Nadie se preparó al sacrificio y la muerte con mayor decisión. Ahora el General Guzmán Blanco tomará venganza del díscolo Matías. Si Guzmán Blanco fuera sólo su compañero de armas podría dispensarle clemencia, pero representa la causa de la «Regeneración Liberal», cae sobre su pecho de caudillo la inmensa responsabilidad de la patria.—¡No es por mí; es por la causa! ¡Es por la causa!—exclaman disculpándose los generales que cumplirán la orden de muerte. Y

Guzmán Blanco se agazapa detrás de la celosía de una casa de Tinaquillo para ver pasar el macabro cortejo. En la plaza del pueblo se detiene la comitiva: están formados los soldados con sus máuseres enhiestos.—¿Matías Salazar, no tiene nada que pedir?—pregunta uno de los generales.—¡Que no se me vende y que se toque el Himno Nacional!

En el momento de morir Matías Salazar quería escuchar el Himno Nacional. No es que el Himno Nacional represente ninguna cosa efectiva, pero surgió de un grito de la masa; tiene esa materia caliente del pueblo levantisco, no lo ha estilizado ningún músico y conserva ese paso de marcha presuroso, anhelante donde las cornetas dan su alarido rojo y el tambor flamea como una bandera amarilla.

La seca descarga de los máuseres cierra marcialmente, como dejando el alma suspensa, los acordes del Himno Nacional. El General Guzmán Blanco desaparece de la ventana.

—¡Otro engañado!—dice después de un rato el General Guzmán Blanco. Porque lo hecho por Matías es transgresión divina, atentado irredimible contra la causa de la Regeneración Liberal.

Sin el estorbo de estos hombres nerviosos, hombres que son climas como Matías, el General Guzmán Blanco puede establecer su sólido caudillismo. Es la paz de Guzmán Blanco estacada contra el viento tempestuoso de la tierra, casi quince años. Generales, chafalotes, peinillas criollas que llevan enlazados los vivos colores de la bandera nacional. Amarillo, azul y rojo. A Guzmán Blanco se le compara con el Padre Eterno. Del Padre Eterno son las haciendas de cacao, los primeros ferrocarriles que empiezan a trepar como trenes de juguete las montañas boscosas; hasta la Iglesia, la Santa Iglesia cae en el perímetro de sus barbas. Y un día ya no quiere Arzobispos, ni Obispos ni Nuncio del Papa porque como un Califa va a poseer también el poder espiritual. Es entonces cuando estudiantantes revoltosos lo adornan con el oriental título de Gran Manganzón. Cuando por fin cae, todo vuelve al Caos. Los propios hombres civiles están en nostalgia de caudillo. Hasta que acude sobre su caballo blanco un nuevo dominador. Se llama Joaquín Crespo y también es General.

Cuando Crespo murió en La Carmelera. Como la frase no es musical la voz del negro cantador alcanza diapasones im-

posibles; hace una pausa en la segunda palabra, cobra aliento y parece fundir en un calderón las cuatro últimas:

murió en La Carmelera.

Se trata de uno de esos corridos que cantan siempre en el cuartel de Cumbres. Y tengo en los versos que son prosa bárbara, oscura floración tropical del Romancero, la visión objetiva de aquel día memorable. Saboreo esta palabra tan criolla: La Carmelera, en que cabe la llanura con sus matas, la noche que llega y el pequeño caney plantado en medio de leguas y leguas de vacío horizonte.

Argimiro, el asistente mulato, ensilló el caballo de su Jefe como todos los días: y siguiendo la tradición, buen jeque de sus sabanas, el General escanció el guarapo fuerte, se terció la flotante chamarreta y clavó como para una volatería incontenible las espuelas de plata sobre la barriga del chúcaro animal:

—No se adelante mi Jefe, le dijo Argimiro, pero el panorama de sus llanuras nativas devolvía al viejo caudillo el brío juvenil.

Era ese llanero que cada tanto tiempo parte de la estepa nómada a la conquista de las ricas ciudades agrarias, de los valles fértiles, del poder civil que se alberga a la sombra de las cordilleras. En la vida venezolana ese hombre se llama José Antonio Páez, José Tadeo Monagas, Joaquín Crespo. Llega cualquier día conduciendo como un patriarca sus rebaños de hijos y de ganados; los sedentarios hombres de la ciudad le hacen las leyes que el rubrica como si disparara al aire la fulgurante espiral de un lazo, invita a los doctores capitolinos, graves y ceremoniosos, a comer el picante ajiaco o la novilla a la llanera, y en el propio palacio presidencial hace ordeñar su vaca favorita que naturalmente se llama Clavellina o Maravilla.

Pero un día cuando el caudillo llanero ya está rico y el país bajo su látigo de domador es un ható sumiso, y los hijos o los nietos al contacto de una sociedad más urbana se descastaron, el viejo General vuelve a sentir el llamado de su estepa bárbara; quiere como en su juventud galopar en caballos chúcaros, pacer sus ganados, beber el café tinto y amargo de los amaneceres llaneros, montado frente al botalón, antes de iniciar la jornada del día. Deja esa capital que según sus ideas feminiza a los hombres: y trae las barbas crecidas, esas barbas que parecieron arropar como tienda de patriarca los intereses y pasiones del clan. Bajo las barbas del caudillo, ¡qué insignificante pa-

recía el leguleyeo de los doctores, la retórica de los escribanos que traducían en frases tímidas de eutrapelia, la áspera voluntad del Jefe! A estos hombres, hombrécitos según el General, el se los apartaba con la cola como un toro bravo, los tábanos!

Y una fama que en la naturaleza del Llano se hace legendaria, le sale al paso, vuelta religión y folklore del fondo de los ranchos y los caneyes llaneros.

En la Mitología del Llano Joaquín Crespo fué el muchachito pobre que llevaba a bañar los caballos al estero: se hizo grande, fué guapo y se metió en el bolsillo a los godos. Ahora en todo rancho cuelga su litografía a la que encienden lámparas de corozo, le rezan como a un santo para que extirpe el abigeato o se descubran las onzas que enterró Macedonio Ortiz, llanero famoso.

Todo muchachito que va a bañar los caballos al estero piensa que puede ser un Joaquín Crespo.

Su nombre anda en los corridos con el nombre de Páez y del Negro Primero, y cuando sale de la jeta morada del cantador se sacuden estruendosamente las maracas, palmean las manos y alguien pide a gritos una carabina. ¡Una carabina! Guarapo con aguardiente

—Pero si mataron a Crespo en La Carmelera fué porque se había hecho masón, dice un viejo. Esos doctores de Caracas lo desgitaron. Un buen llanero aunque no tolere a los curas, debe creer en Dios o cuando menos llevar la Oración del Justo Juez prendida en la camisa.

Argimiro que se había quedado detrás arreglando su capotera, encontró al Jefe tumbado del caballo, entre la apretada macolla de las matas.

—Leguas anduvo Argimiro con el cadáver auestas, hasta que se proyectó en la desierta perspectiva infinita, el caney de las pasionarias. Suben por los pilotes del caney, como crucificándose, las flores de la pasión de Cristo. Una vieja del tiempo de Estanislao Zamora y del Agachao, agrietado el rostro como esa tierra de terremotos, cuida el caney. Pregunta quien es el muerto, y cuando rendidamente Argimiro exclama: ¡Mi General Crespo! la vieja cae en tierra santiguándose.

Se recobra para decir su arcaica alabanza:

—¡El amigo de los pobres, el llanero de más cotonía que ha salido de la sabana desde los tiempos del otro que apelaban Páez! ¡Se murió la flor de los llanos!

A las frases y oraciones de la vieja confía Argimiro el sagrado depósito, mientras parte al pueblo más cercano a descargarse de su noticia.

Aquel día Argimiro, como oscuro Angel Gabriel de nuestra Democracia, vaticinó desastres.

El nombre de Crespo tiembla en los alambres del telégrafo, llega a las ciudades hendiendo conjeturas, oscureciendo el porvenir como pesado nubarrón salido del Llano.

Propósitos y proyectos se postergan. La gente ya pregunta por el Jefe de la nueva Revolución. Y en un horizonte dudoso el año 99 despunta su rostro lívido.

El año 99 se asocia con aquel cuartel de Cumbres, la Revolución de Castro y la corneta de El Chavalo. Era esta corneta la que henchía el anuncio clamoroso de las entradas triunfales, y cuando no había guerra, la diana vigilante de todos los días que en las ciudades de provincia suele reemplazar al reloj público. Conoció El Chavalo a Castro y al General Espíritu Santo Morales—el tremendo patón Morales,— y permaneció en su oficio, modesto heraldo, que toca o anuncia lo que los demás realizarán. Para ello el arruinado Estado le pagaba la no menos ruinosa suma de ciento veinte bolívares. Cada comandante que se hacía cargo del cuartel a la cabeza de nuevas tropas, recibía como ancestral herencia un viejo loro dudo en pronunciar las más escatológicas interjecciones; un loro de horrenda imaginación sexual, y El Chavalo. Y para hacerse necesario a sus Jefes El Chavalo no sólo tocaba la corneta de insustituible manera, sino también sabía lavar y medicinar con aséptica creolina los gallos de pelea de los militares. Todo lo cual no impedía que como todos pasaban y él permanecía, El Chavalo llegara a pensar que era un hombre de influencia. Fuera testigo de tantas guerras, que en las circunvoluciones de su cerebro se imprimirían como en blanda película la entrada de las tropas, el rostro de los caudillos, los días de saqueo en la ciudad, las escenas del hospital de sangre. Parihuelas que llevan heridos, tiros de mauser que rasgan la noche, gente que se descuelga fugitiva por las altas tapias de los solares de Cumbres, labriegos que conducen amarrados a la recluta, cuadros del sitio o la ocupación, todo en el cerebro del El Chavalo se mueve fantásticamente. Último testigo que va quedando de todo suceso porque lo vió oculto tras su biombo imaginativo, que es la mejor manera de mirar. Parten las tropas, pero siempre permanece en el Cuartel de Cumbres un loro blasfemo y El Chavalo. Se destiñe el trapo tricolor en su asta bandera, mas la diana de El Chavalo no

cesa de sonar matutina, meridiana, nocturna, casi tan isócrona como el largo clamor de los gallos en los verdes solares cumbrenses. Y a El Chavalo hemos de pedir la anécdota desaparecida, el dicho gracioso o revelador, eso que no es historia, pero que arraiga en la fantasía de los hombres, más firme que toda historia. Y del Cuartel de Cumbres sale como de un sueño, El Chavalo. Es en mi evocación alto y flaco como una caña brava; viste una cerrada blusa azul, la manzana de Adán en el cuello largo emerge como una proa, el cráneo se fija en anguloso recorte; cubre sus fosas nasales un verde y menguado vello que parece acentuar la sensación de enfermedad y frío. De pronto se pone a toser.

—Está tísico de tanto tocar la corneta.

Pasa algunos días por la acera de ladrillos de mi casa. Mi madre siente piedad del pobre hombre enfermo. Invítalo conmovida a una taza de aromático café caliente. Y al amor del café, la lengua farsante de El Chavalo despliega historias.

El Chavalo pasea ese día por los corredores y pasadizos de un cuartel abandonado. Ante la proximidad de Castro, un Castro ya vencedor, escaparon hasta los presos. Tiene el recuerdo de haber tocado su diana nocturna y de haberse ido a dormir. Vió al Comandante que arrellenado en la silla de suela y enfundado en su cobija de pellón porque el frío nocturno de Cumbres suele ser muy cortante, fumaba el último Capadare de la noche.

—Buenas noches, mi Comandante.

—Buenas—rezonga aquel.

—¿Y hay noticias de la revolución? se atreve a insinuar tímidamente.

—Que Castro no pasará de Bailadores. Ud. no conoce a mi General Espíritu Santo. No en balde lo apodan El Patón. Es hombre que no afloja, tigre para el plomo y que les hará mascar el polvo a los tachirenses de Castro.

—Así sea, mi Comandante.

Pero al amanecer, un silencio profundo reina en el Cuartel. Falta ese matutino olor del café hervido en jícara que es el signo de todo día normal. Y está abierta la gran reja de hierro del Rastrillo. ¡Dios Santo, el Rastrillo! ¿Qué se habrán hecho los presos? Porque estos cuarteles provincianos son a la vez prisiones. El Chavalo teme encontrarse de pronto con uno de los salteadores que se custodiaban en el Rastrillo. Como

a tientas, para no tropezar con ninguna sombra importuna, va avanzando. Amarrado a una horqueta, en el patio interior, está un gallo. «El Flor del Apure». ¡El gallo de mi comandante el que ganó más de cuatro onzas en las últimas peleas del pueblo de San Juan! Graves deben ser las noticias para que mi Comandante haya escapado sin llevarse el gallo.

Mas el hombre debe ser filósofo. Es sentencia que El Chavalo se repite en todo decisivo instante. Y ya nada sacaría con marchar detrás de las tropas que huyeron. Es mejor esperar a Castro. El Chavalo tiene una corneta; la corneta está sucia como que hace ya cuatro o cinco años que ningun general victorioso entra en caracoleado pasitrote por las calles de Cumbres. ¡Humilde corneta de El Chavalo que en el último tiempo sólo tocó en domesticados acordes, la hora vulgar del rancho! Una épica decisión de aventura se alza en ese momento en el ánimo de El Chavalo. Empieza a limpiar la corneta; es preciso que su bronce brille festivalmente. A falta de marcial uniforme—porque los cornetas de estos cuarteles provincianos no lo requieren—El Chavalo vestirá su blusa de paño azul cerrada hacia el cuello con dos dorados mediecitos y su blando jipijapa. Desde la torrecilla de la Garita oteará el horizonte, y cuando la polvareda del Ejército de Castro ya destaque en la lejanía, los habitantes de Cumbres escucharán inflada por el hombre que está en la torre, la trompeta del Juicio Final.

Por todos los pueblos donde pasa, Castro va repartiendo títulos de Coronel. Cualquiera que le haga un servicio puede merecer tan desvalorizada gradación militar. Verdad que estos títulos si no aumentan merecimiento, lucen muy bien en los programas azules o rojos de las fiestas patronales cuando se designan capitanes de corso en las coleaduras y corridas de toros. Para ser Capitán de estas fiestas conviene el título de Coronel. Y El Chavalo en ese momento tiene ambiciones. No siempre pasa por aquellos mediterráneos pueblos andinos, repartiendo galones y preseas, un caudillo glorioso.

Piensa ahora en la frase con que concluyen todas las proclamas de Castro y que sin duda es hermosa y justifica la nueva Revolución. Castro ha dicho: «Nuevos hombres, nuevos ideales, nuevos procedimientos». Al fervor de esas palabras mágicas se echaron a andar las multitudes. Y ya el errante polvo que remolinea en el aire y movibles sombras a la distancia, anunciaron la llegada del Ejército Restaurador.

Vive El Chavalo su momento más serio.

La entrada de las tropas siempre parece menos épica que lo que aconseja la poesía. A más de que las tropas semi nómades de Castro se han abastecido con esa hererogeneidad que produce el saqueo. Es ejército de todas las armas, desde el «chopo» de piedra, el chafalote y la peinilla hasta el mauser modernísimo. Armas blancas y armas de fuego. Y las piezas de paño de que se apoderan en las tiendas de los pueblos se desgarran para vestir a los soldados. En encontrando objeto que les guste y relumbre ante sus primitivos ojos, ya lo agregan a su indumentaria. Batiendo su ronco tambor de cuero, marcha adelante un híbrido pelotón de soldados. Rosados «guates» de la tierra fría y rostros amarillentos de las tierras cálidas. Blancos, indios y mulatos, razas indefinibles. Después, Castro y el Estado Mayor sobre briosos caballos de paso que restallan en el agudo pavimento sus sueltas herraduras. Generales cubiertos de ruanas y anudado al cuello el detonante pañuelo de madrás, no difieren mucho de otros sedentarios viajeros que atraviesan la cordillera. Si acaso la bizarría militar, se fija en la profusa labor de criolla talabartería que son sus monturas, y en el largo freno de bocado con buena obra de plata. Al centro Castro, cuyo ancho sombrero enmarca en el rostro barbado y oscuro el contorno extraño de una figura oriental. A pesar de su pequeña estatura compréndese entonces y mirándole los movibles ojos, que él debe ser el caudillo.

Por último y custodiados por cabos y sargentos de enhiestos máuseres, marchan como cortejo de reyezuelos sobre sus anchas mulas, los hacendados que Castro hizo apresar en las haciendas vecinas y que mientras suministran dinero a la Revolución, son denominados los facciosos.

Ya acampan frente al cuartel de Cumbres. Desciende Castro de su alazán y mira con orgullo el desordenado tropel que busca en la plaza provisorio acomodo.

Sobre sus mulas, casi inmóviles entre la amenazante floresta de chafalotes y fusiles, esperan los hacendados la turbia resolución que se les imponga. El carácter de Castro está hecho de sorpresas.

Uno de los custodias pregunta:

—¿Qué hacemos con los facciosos?

—Bájenlos y llévenlos bien vigilados a la Sala de Banderas, mientras yo me lavo los pies.

Entraba Castro a tan linajuda e histórica ciudad como pretende serlo Cumbres, con el plebeyo designio de lavarse los pies. Tantas leguas de abrupta cordillera le tenían magullado.

Fué en tan poco psicológico momento cuando irrumpió es-

tentórea, la corneta de El Chavalo. Cuando a la sombra de la plaza todos querían acampar, la nerviosa corneta de El Chavalo se alzaba como una orden de partida. Advierte Castro al pobre hombre que sobre la torrecilla de la garita cumple con prescendencia del mundo exterior, su decorativa función de heraldo.

—¿Quién es ese hombre? pregunta a uno de los andinos que lo rodean.

Pero el delgado Chavalo con su chaqueta azul, no estuvo antes en su experiencia visual.

—Que se calle entonces y háganlo bajar a planazos, por intruso—ordena Castro.

Y alígeros andinos, armados ángeles de la Restauración, suben a cumplir el mandato. De su épico ensueño El Chavalo despierta entre desenvainadas peinillas.

—Al General no le gusta su musiquita—dijeronle—y mejor que ponga los pies en polvorosa.

Las peinillas de los andinos venían a rasgar su sueño. Como animal ahuyentado El Chavalo desciende de la garita.

Y no pudo ser Coronel ni marchar con las tropas de Castro. Recordaba éste y otros sucesos, mientras envolvía la atmósfera gris de Cumbres en sus acordes quejumbrosos.

De pronto empezaba a toser y recostaba filialmente, contra el pecho, su vieja corneta. El Chavalo y su corneta, descoloridos náufragos de nuestras aventuras democráticas.



—Señores. La Revolución Restauradora. La causa santa de la Restauración.

En las alineadas sillas de la Sala de Banderas, donde las siete estrellas de la Federación venezolana esplenden en campo tricolor, Castro habla a los hacendados, los mismos que sus sargentos apresaron como facciosos. Había reunido allí a la más respetable delegación agrícola de la provincia, caballeros de leonadas barbas y grávidas leontinas de oro que se cruzan con decisión sobre el cuadrado chaleco. Se ven sonrosados rostros españoles que contrastan con la blancura de las barbas, figuras que parecen escapadas de los daguerreotipos. Y dominan en campos de caña dulce, de café, de cacao; disponen del agua de las vertientes montañosas. De entre ellos sólo responde don Eleuterio, el hacendado más rico y provecto, cuyas frases llenas de campechana malicia tienen para los demás el sagrado sentido de un oráculo. Y al discurso de Cas-

tro—y en la imposibilidad de otra protesta—opone su rural astucia, los vocablos soltados como con indolencia, pero picanterías de intención.

—Si, pues, General. Estamos acostumbrados a estas requisas. Ocurren en todas las revoluciones. Nos las hicieron cuando el Continuidismo, cuando el Legalismo; ahora cuando la Restauración. Los agricultores damos dinero a los generales para que ellos suban a la Presidencia.

Y la manera lenta, enérgica, de mesarse las caudalosas barbas, parecía acompañar como una mímica, aquellas palabras.

Castro entonces se puso de pie. Daba miedo el pequeño, pero muy peludo caudillo, cuando saltaba ágil como un mono y como si fuera a precipitarse sobre las palabras de su contrincante. La fuerza de Castro estaba en esta rapidez: otros vacilan, piensan, el se resuelve. Se le comparó con un mono, con una ardilla. Los oscuros ojos se fijaban, cargados de decisiones indescifrables, como los ojos de un autómatas:

—Pero Uds. me confunden con otros vulgares caudillos. Si continúan en ese terreno, muy a mi pesar, los consideraré facciosos. Olvidan Uds. que a diferencia de otras tropas, las mías son muy respetuosas de la propiedad privada. Lo que pedimos es sólo en calidad de préstamo.

—Ud. perdonará, General, si por nuestra ignorancia de las cosas de la política, no siempre hacemos las debidas diferencias. Y ahora para ahorrarnos palabras, Ud. dirá en cuanto podemos servir a la Revolución Restauradora.

—Ya nos vamos entendiendo, respondió Castro, A mi también me gustan las cosas claras. Las cosas claras y el chocolate oscuro, como dicen los colombianos. Y en cuanto al préstamo, supongo que no les sería oneroso a cada uno de Uds. darme unos diez mil pesos. Como necesito asegurar el préstamo a la causa de la Restauración, ustedes se quedarán aquí conmigo mientras los entregan. La guerra, caballeros, impone estas medidas desagradables.

Y unos hombres de gacho sombrero pelo e - guama, sirvientes y espalderos de Castro, adscritos a su Estado Mayor, unos hombres a quienes el llamaba intencionadamente los «niños», marchaban a los domicilios de los hacendados conduciendo las llaves y las cartas patéticas, en demanda del dinero.

Corre el tiempo anhelante, en la Sala de Banderas. Como propaganda de la Revolución y para que los ánimos se mantengan en tensa actitud revolucionaria, cada tanto tiempo suena un tiro de mauser.

—Si no, mis muchachos se me acobardan, dice Castro. Oír los tiros produce un efecto tónico.

Y ya llega como el tributo para un conquistador bárbaro, el dinero de los hacendados. Viene en saquitos de cáñamo que en Cumbres llaman «marusas»; en bolsas de cuero, en pequeños cofres metálicos. Como en el Cumbres de 1899 no existían Bancos, todo se apretaba en los cuatro nudos de la avaricia familiar. Ahora sobre la mesa de la Sala de Banderas, derraman los saquitos abiertos su amarilla cascada.

Llama Castro a uno de los escribientes que ponían en clara caligrafía de idioma relativamente lógico, sus atropellados designios:

—Escribiente, haga un pagaré para cada uno de estos caballeros en que reconozca la deuda que con ellos contrae el Ejército Restaurador.

Y dirigiéndose a los hacendados, en caudaloso tono de proclama:

—Caballeros: El Erario Nacional cumplirá fielmente este compromiso, cuando triunfe la causa de la Restauración y yo Governe en el Capitolio. Cada pagaré irá autorizado con mi firma.

Y puso sobre los documentos que le alargaba el Escribiente, las intrincadas curvas de la rúbrica que parecían dibujar una hamaca para que se meciera en ellas el nombre de Cipriano Castro.

Dichos pagarés, nunca cumplidos, amarillecieron como muchos papeles históricos, en los escritorios y cajas de hierro de los hacendados provincianos.



Los hombres en la tierra tropical pueden parecer insignificantes, pero las palabras son bombásticas. En la peripecia de Castro hay que buscar el efecto que le producía este nombre: Capitolio Federal. Cuando subía las cuestas y los páramos andinos, el nombre lo reconfortaba: «Cuando yo esté en el Capitolio». Y el indiecito seguía andando, bajo su ruana. Verdad que los soldados reclutaban la gente de los campos y llevábana descargando planazos, hasta la línea de fuego. Con estos hombres de la tierra, labriegos de abultados pies por las miasmas palúdicas, masa que sigue sin preguntar y come cuando hay comida, y ayuna cuando atraviesan por un campo de cactus y pisan la dura tierra amarilla, triunfó Castro. Eran los andinos; el buen soldado andino de sus primeras proclamas.

Callados, nunca discuten las órdenes de su Jefe. Se sienten contentos cuando después de dar la batalla y ocupar el pueblo, su General los premia con una cobija de pellón. La cobija por un lado es azul, por otro es roja. El labriego habla a su cobija como a una persona: «Mi cobija; mi cobijita». Y piensa que cuando vuelva al rancho la llevará a su mujer como detonante trofeo. Con la cobija se sufren bien las fiebres tercianas; y cuando es día domingo, puede extenderse como tapete para que rueden los dados de la apuesta. Con su cuchillo, su cobija y sus dados, está satisfecho el recluta.

Ya han llegado a la capital, y mientras el General los premia, esperan tendidos en calles y plazas. Hacen su pequeño perjuicio porque son muy traviesas las manos, y el amor o una cuchillada o el robo a aquel musuú tendero, son para ellos leve distracción. Y no conocen el mezquino valor de la vida o el dinero. El peligro o el placer son las únicas cosas apetecibles. Ahora que triunfaron con su General Castro pueden festejarse. El escaso dinero o el hurtado objeto van pasando a las manos de las mujeres que les regalaron amor. ¡Que hay mujeres en Caracas! Entran a las casas de amor con sus grandes sombreros de cogollo y el chafalote siempre asido de la cintura con la banda tricolor.

Castro, entre tanto, se mantiene invisible en El Capitolio. Dicen que cuando lo observara por primera vez con su cúpula redonda y sus masas de mezcla criolla donde detrás de las cariátides en yeso aflora el barro aborigen, exclamó el caudillo:

—Se parece a la Iglesia parroquial del pueblo de Táriba donde fuí confirmado.

Y dirigiéndose al doctor que en ese momento hacía de Ministro de Hacienda:

—Doctor, me va a destinar un millón de pesos para hacer otro Capitolio. No me gusta este que los caraqueños pintaron de amarillo. Detesto ese color que es el color del miedo. Mi Capitolio ha de ser rojo como la sangre de los andinos que consumaron la Revolución Restauradora.

Pero estos andinos piden tanto, interrumpen el orden público, afean con sus trajes y rotas alpargatas la belleza de plazas y paseos, que Castro un día pronuncia una frase famosa:

—Ni cobro andinos ni pago caraqueños.

Los sofistas que ya rodeaban al General Castro hallaron en esa frase gran perspicacia política:

—El General—dijeron—pospone ante los intereses de la patria todo estrecho regionalismo.

En realidad la frase significaba otra cosa. En castellano menos retórico quería decir:—No me importa que ustedes mueran o que ustedes maten.

—¡Nos abandona el General!—dijeron los harapientos soldados.

Y como a pesar de ser pobre, no han perdido el orgullo (esto lo recuerdan a cada paso), iniciaron aquel mismo año la vuelta penosa a sus lejanas provincias. Vióseles ese año y los que siguieron por el camino de Occidente en larga romería de espectros. Entran a las pulperías del camino, sedientos de la camaza de guarapo fuerte que se les da por misericordia. Muestran a la altura del estómago una faja de sudado y deshecho cuero o una rota canana que contuvo balas. No conservan la cobija de pellón porque la dieron en pago en una posada del camino. Y os repiten la frase gloriosa:

—Yo mi blanco, pertenezco al Ejército Restaurador. Fui de los que pelearon en Tocuyito.

Las veladas campesinas, en las distantes provincias, cuando hierve la melcocha en los rojos fondos de cobre del trapiche, se puebla merced a ellos de fantaseosos cuentos.

Pero ninguno: pies hinchados, amarillos rostros palúdicos, lacios bigotes, sentido del honor muy quisquilloso, quisiera volver a la guerra.

Sin embargo, volverán cuando nuevos caudillos aparezcan.